

«¿Por qué se está olvidando Tlatelolco?».

Luis Spota, «La Plaza».

«Unámonos empresarios y trabajadores contra los enemigos del pueblo».

Farias, gobernador de Monterrey.

LA Constitución mexicana data de 1917. Cristalizan en este texto algunas de las aspiraciones populares manifestadas a lo largo del anterior decenio revolucionario, uno de los períodos históricos más turbulentos, apasionantes y confusos de la Historia de América Latina. Era, a pesar de sus limitaciones, una Constitución progresiva. La institución de la enseñanza laica, la incorporación de claros elementos colectivistas y su ensalzamiento de la libertad, la harían convertirse en uno de esos textos históricos que no sólo examinan los eruditos en los tratados de ciencia política, sino que, al tiempo, son esperanza y punto de referencia de reformadores y de hombres de lucha. México tenía una Constitución revolucionaria. La revolución, por tanto, estaba en el poder. La reforma agraria, máxima aspiración de los oprimidos de todo el continente, había sido lograda en México. La instrucción popular, en su país como en toda América al Sur de Río Grande, con un índice de analfabetismo aterrador, era, por otra parte, una conquista a la que los sucesivos Gobiernos mexicanos, con más o menos intensidad, no dejaron de referirse, y, en períodos históricos muy concretos (Lázaro Cárdenas), apoyar entusiastamente. La nacionalización del petróleo, en 1938, asombró a un mundo donde ese tipo de decisiones sólo podían explicarse en el contexto, mucho más general, del triunfo de una revolución. México osaba desafiar a las omnipotentes compañías petrolíferas inglesas y norteamericanas. Era la confirmación de la existencia y auge de una verdadera revolución, que afirmaba en el máximo texto legal que «la propiedad de las tierras y aguas comprendidas den-



Plaza de las Tres Culturas, de Tlatelolco. A las 5:30 de la tarde del 2 de octubre de 1968, se reunían unas cinco mil personas, una multitud indefensa...

tro de los límites del territorio nacional, corresponde originariamente a la nación» (artículo 27 de la Constitución).

El período presidencial de Lázaro Cárdenas (1934-1940) supuso el espaldarazo del progresismo universal a la revolución me-

xicana. Durante su mandato, Cárdenas situó a la revolución en el punto más izquierdista que había alcanzado nunca. Como recuerda Luis García San Miguel, «hay un momento en que parece que la revolución pequeño-burguesa va a transformarse en

auténtica revolución socialista». Esta impresión la tuvieron también muchos de los que, en la década del fulgurante avance de los fascismos europeos, contemplaban cómo las fuerzas de la izquierda estrechaban filas en el mundo. Especialmente los intelectuales

PEDRO ALTARES

MEXICO: LOS INTELLECTUALES ANTE LA REPUBLICA DEL PODER

MEXICO

tuales, más permeables al romanticismo, y también a los indudables logros (entre los que estaban la reivindicación de los valores culturales indígenas y el florecimiento editorial) de Cárdenas, su acogida a los republicanos españoles, huidos de su país con el peso de la derrota, y el intento de hacer que México despertase a un renacimiento cultural autónomo. Los artistas mexicanos ensalzaron en sus obras las glorias de la revolución, y fueron saludados con entusiasmo por toda la izquierda europea y continental. Rivera y Siqueiros en sus justamente famosos murales, Chávez en sus composiciones musicales, las novelas de Azuela, los ensayos de Vasconcelos, cantaron ante el mundo la épica de la revolución mexicana, a la que se sumaron hombres como Eisenstein y otros muchos. La misma presencia de Trotsky en México, protegido por el mismo Cárdenas, que, sin embargo, no ocultó nunca sus simpatías por la Rusia soviética regida por Stalin, prestaba al liberalismo de la revolución mexicana una aureola de cuya autenticidad por aquel entonces no había por qué dudar. Mucho menos si el apoyo a la cultura y la defensa de la libertad se acompañaban de medidas tales como la nacionalización del petróleo, la estabilidad constitucional, la decidida puesta en marcha de la reforma agraria (Cárdenas distribuyó durante su mandato más del doble de tierras que todos sus predecesores), y el decidido apoyo a los movimientos campesinos y proletarios.

Parece evidente, con una perspectiva histórica, que el sexenio de Cárdenas en la Presidencia no estuvo tan cercano como entonces parecía a hacer de México un país socialista. Sin embargo, lo que está fuera de discusión es que, desde entonces, el giro a la derecha de sus sucesores han ido situando al régimen, cada vez más, en un área política mucho más cercana al fascismo que al socialismo. La atracción que después de Cárdenas ha ejercido México sobre el pensamiento de la derecha, de los regímenes políticos corporativistas, ha sido notable, y sustituyó a la atención de la izquierda en la década anterior. Recuérdese, por ejemplo, entre nosotros, el libro de Rafael Calvo Serer, «Las nuevas democracias». Pero hablar de fascismo al referirse al régimen político mexicano, ofrece riesgos considerables. Existen partidos políticos y libertad de expresión, sindicatos y cierto grado de descentralización política y administrativa. Por otra parte, la política exterior mexicana sigue siendo claramente izquierdista, y, por ejemplo, durante muchos años ha sido el único país del continente que ha con-

servado plenas relaciones con la Cuba de Fidel. No hace mucho que Salvador Allende rendía visita a Echeverría, y sus palabras de apoyo al Gobierno mexicano desbordaban ampliamente el protocolo.

Para Luis García San Miguel, México es un país «liberal, pero no democrático». En efecto, el aparato de poder mexicano, sostenido, en primer lugar, por el PRI (Partido Revolucionario Institucional), en el poder desde 1917, es un conglomerado de fuerzas que excluye toda participación popular. Los sindicatos, agrupados en la central Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) controlada por el PRI, y dirigidos por Fidel Velázquez (cerca de treinta años en el cargo), carecen del más mínimo espíritu reivindicativo, y, como es habitual en los viejos modelos corporativistas, son un severo órgano de control del Estado y de la clase patronal frente a los trabajadores. Es verdad, sin embargo, que la oligarquía económica no controla el PRI, en manos de una férrea burocracia política, auténtica nueva clase nacida con la revolución, pero parece clara la plena coincidencia de sus intereses. A este «conglomerado» de fuerzas sostenedoras del régimen mexicano habría que añadir últimamente, junto a la presencia cada vez mayor de capital extran-

jero (especialmente yanqui), la sombra del Ejército, cuya importancia, a partir de los sucesos de 1968, no ha hecho desde entonces sino acrecentarse. Los fantasmas de plena vigencia en toda América Latina no son en absoluto, en estos momentos, una excepción en México.

México 68: el final de la utopía

La posición del intelectual mexicano ante este estado de cosas ha sido históricamente compleja. Por una parte estaban las conquistas de una revolución, que si bien nunca apareció como plenamente conseguida, no dejó de ofrecer ciertos logros, mucho más estimables si se establecían inevitables comparaciones con el panorama general de América Latina. Por otra, el decidido apoyo del régimen (especialmente en tiempos de Cárdenas) al renacimiento de la cultura mexicana a partir de unas bases indigenistas y autónomas, sin desdeñar la herencia europea, y mucho menos, como en el caso de los exiliados españoles, la enriquecedora aportación. Estaba, además, la cercana vecindad, más incómoda dada su inmediata proximidad, de los Estados Unidos (en ningún momento mero espectador de lo que

pueda pasar en México), que exigía la continua afirmación nacional y la necesidad de apoyar cualquier movimiento independentista, aunque éste se produjese a nivel meramente semántico. Y los sucesivos Gobiernos mexicanos han procurado muy bien mantener lingüísticamente encendida la antorcha de una xenofobia antiyanqui que escasamente se ha traducido en algo más que palabras. Por último, los intelectuales contaban con una envidiable libertad de expresión que les permitía ejercer su derecho a la crítica cuantas veces consideraban necesario. Lo que en el contexto político-social mexicano era bastante a menudo. Prestando su voz a los que no la tenían, algunos intelectuales mexicanos llegaron a creer en que la revolución, más o menos balbucientemente y con las lógicas contradicciones, seguía su marcha. A ello ayudaba el hecho, por otra parte curioso, del apoyo gubernamental a editoriales y periódicos que eran la conciencia crítica intelectual del país, y cuya ideología, a juzgar por el conjunto de sus publicaciones, distaba mucho de ser coincidente, a nivel de hechos y no de palabras, con la ideología oficial imperante.

Ello explique quizá la presencia de intelectuales en varios Gobiernos mexicanos y en la Administración (Vasconcelos, Silva Her-

El tiroteo cesó a las doce de la noche...



zog, etcétera), y que una parte importante de la creación cultural y artística haya contado a menudo con el decidido apoyo oficial, especialmente de cara al exterior, cuyas manifestaciones no ha dudado en patrocinar y exaltar. Un alabonazo de que los vientos estaban cambiando, incluso para la crítica, lo constituyó la salida de Orfila de la dirección del Fondo de Cultural Económica, a raíz de la publicación de «Los hijos de Sánchez», del sociólogo americano Oscar Lewis, libro que fue considerado oficialmente como excesivo y denigrador para el sistema político mexicano. Fue un alabonazo que no dejó de plantear a muchos algunas preguntas fundamentales.

Sin embargo, la profundidad de la crisis del sistema, su ya escasa credibilidad, se manifestó con increíble virulencia en 1968. Las huelgas en la Universidad de México llevaban camino de ser bastante más que el mero reflejo a escala nacional de los movimientos estudiantiles, que, a nivel prácticamente planetario, se manifestaban anárquicamente «contestando» al sistema establecido. Los estudiantes mexicanos, amparados por la autonomía universitaria, no planteaban reivindicaciones abstractas, ni impugnaban globalmente el Universo: planteaban cuestiones básicas de la política oficial mexicana e impugnaban al régimen incapaz de solucionarlas. La protesta se extendió a otros medios, incluida la clase obrera, pero especialmente a las clases medias y profesionales. La resonancia que este movimiento fue alcanzando progresivamente y su rápido eco en sectores muy alejados de la Universidad, parecía el inicio de un despertar popular cuyas consecuencias podrían ser insospechadas. Quinientas mil personas en una manifestación convocada desde la Universidad, puede dar una idea de en qué medida la mecha encendida por los estudiantes comenzaba a prender en el pueblo mexicano. El Gobierno no pareció conceder mucha importancia a los inicios de este movimiento. Pero la extensión del conflicto y sus insospechadas resonancias debieron hacerle reflexionar. Estaba muy reciente la experiencia francesa. Y la inmediata celebración de la Olimpiada, donde el costoso montaje publicitario podía volverse como un «boomerang» contra el Gobierno, si era aprovechado por los revoltosos como caja de resonancias de su denuncia y de sus reivindicaciones políticas. El 1 de septiembre, la alocución del Presidente Díaz Ordaz, extremadamente dura, fue el primer y último aviso de que el Gobierno había entendido lo que en realidad se estaba planteando tras la



Después de la masacre, la plaza de las Tres Culturas, quedó cubierta de jirones de ropa, zapatos, plantas destrozadas.

revuelta estudiantil. Y actuó en consecuencia. Faltaban apenas unos días para el comienzo de la Olimpiada.

Tlatelolco. Plaza de las Tres Culturas, 5,30 de la tarde del 2 de octubre de 1968. Unas bengalas lanzadas desde un helicóptero fue la señal convenida. Las agencias de prensa enviaron a todo el mundo apresurados telegramas hablando de docenas de muertos. Una multitud indefensa, de 5.000 personas, formada en gran parte por mujeres y adolescentes, ametrallada. La maniobra envolvente, perfectamente estudiada. Las bocacalles, bloqueadas por la tropa; los tejados, convertidos en nidos de ametralladoras; la puerta de la iglesia, cerrada al terror y a la desesperación. El tiroteo cesó a las doce de la noche... ¿Cuántas vidas fueron segadas aquella tarde en Tlatelolco? Las cifras oficiales hablan de docenas y 400 detenidos. «The Guardian» dio 350. Hoy nadie cree en México que los muertos fuesen menos de 400. En cualquier caso, la cifra exacta será para siempre un enigma histórico: muchos cadáveres desaparecieron, incluso de los hospitales. Todavía hay familias que esperan inútilmente la llegada de un familiar que salió una tarde para no volver jamás.

Describir lo que pasó en Tlatelolco resulta imposible para quien no estuvo allí. Recogemos algunos testimonios:

"Varios cadáveres en la plaza de las Tres Culturas. Decenas de heridos. Mujeres histéricas con sus niños en los brazos. Vidrios rotos. Departamentos quemados. Las puertas de los edificios, destruidas. Las cañerías de algunos, rotas. De varios edificios salía

agua. Y las ráfagas aún continuaban". «Excelsior».

"En unos minutos, aquello era un infierno. El rugido de las armas era ensordecedor. Los cristales de los departamentos volaban hechos añicos, y en el interior, las familias, locas de terror, trataban de proteger a sus hijos más pequeños". «El Universal».

"Hermanito, ¿por qué no me contestas?". Diana Salmerón de Contreras.

"Vi la sangre embarrada en la pared" Luz Vértiz, madre de familia.

"La sangre de mi hija se fue en los zapatos de todos los muchachos que corrían por la plaza". Dolores Verdugo.

"La plaza de las Tres Culturas era un infierno. A cada rato se oían descargas, y las ráfagas de las ametralladoras y de los fusiles de alto poder zumbaban en todas direcciones". Miguel Salinas, estudiante.

"Ya no oigo el tracatrac de la ametralladora... Ya no oigo los gritos; de hecho, ya no oigo nada más que un ruido de cadenas que se arrastran en mi cabeza... ¡A lo mejor, al de la ametralladora ya se lo llevó la chingada!... ¡A todos nos va a llevar la chingada! ¡Al mundo entero se lo va a llevar la chingada! Y a mí ya no me importa, porque después de esto, ya no creo en nada...". Gregorio García.

"Después de Tlatelolco soy otro, no sé si peor o mejor. Bueno o malo, así como me dejó Tlatelolco, así voy a morir". Manuel Cervantes, estudiante.

La masacre de Tlatelolco fue algo más que un trágico e irracional estallido de crueldad y violencia. No fue sólo un múltiple asesinato político. Fue bastante más que eso. Todo un país quedó herido de muerte. La fe que todavía muchos intelectuales depositaban en la revolución, en su capacidad de reaccionar, pareció quedar hecha añicos para siempre. Porque lo peor de Tlatelolco no fue, con todo, el número de los muertos y heridos. Su carácter inauditamente represivo, su absoluto desprecio por el movimiento estudiantil y sus postulados de democratización. Lo peor de Tlatelolco fue su impunidad. La falta de culpables. La total ausencia de explicaciones. El desinterés oficial...

Después de Tlatelolco, México no podrá volver a ser como antes. La crisis de conciencia que supuso para los intelectuales (que unánimemente reaccionaron en su enérgica condena) fue total. Octavio Paz renunció a su puesto de embajador en la India, y ni uno sólo digno de tal nombre, calló ante la espantosa tragedia. Su denuncia alcanzó las más altas esferas gubernamentales, del Ejército y del PRI. El silencio fue la única respuesta. Pero el silencio (¿quién ordenó este crimen?) suele ser a veces más expresivo que las palabras. Y muchos comprendieron que la respuesta no estaba ni en la improvisación ni en el ciego desbordarse de una violencia gratuita. No, la respuesta no «estaba en el viento». Estaba en la profundidad y extensión del movimiento que los estudiantes habían ayudado a despertar.

Para los intelectuales mexicanos, el 2 de octubre de 1968 fue lo que el 98 para los españoles. Con dolor, con estupefacción, hicieron suyas las palabras

llorad, amigos míos,
tened entendido que con estos
[hechos
hemos perdido la nación mexi-
cana...]

Echeverría, ¿la vuelta del liberalismo?

Año y medio después de Tlatelolco, Díaz Ordaz (punto máximo no ya de congelación de los objetivos sociales de la revolución, sino de su ya indudable retroceso) fue sustituido en la Presidencia por Luis Echeverría, secretario del Interior y, por lo tanto, máximo responsable en el gobierno de las fuerzas de Orden Público el 2 de octubre de 1968. En el juego político mexicano, el Presidente saliente nombra a su sucesor, de tal manera que cuando llega el momento de las elecciones, éstas están predeterminadas.

¡Se acabaron los problemas del afeitado vibratorio! con la nueva **PHILIPS** ANATOMIC



Superior apurado

La rejilla de acero-cromo es una delgadísima lámina, increíblemente flexible y resistente, que hace del afeitado vibratorio un afeitado verdaderamente eficaz.



Inclinación anatómica

A diferencia de las cabezas clásicas, la cabeza afeitadora de la PHILIPS ANATOMIC tiene una inclinación de 30° permitiendo un deslizamiento suave y llegando eficazmente a las zonas más inaccesibles.

En cuanto al cortapatillas, desplazado de la rejilla afeitadora, permite su libre aplicación sobre bigote y patillas impidiendo el rasurado accidental de otras zonas.

PHILIPS ANATOMIC

para que usted también tenga una PHILIPS

MEXICO

das. El aparato del PRI funciona con precisión absoluta. Nada puede hacerse, políticamente hablando, fuera de él. Las elecciones son un trámite que sólo sirve para llenar de inútil propaganda electoral las calles y los campos de toda la nación. El Presidente, siempre de acuerdo con el PRI, designa a su sucesor. Lo que de hecho ha servido para que los Presidentes anteriores conserven buena parte de su poder. El sucesor, sin embargo, puede seguir derroteros distintos, dentro de ciertos límites, durante su mandato...

Echeverría es un hombre que se diría del «ala liberal» del PRI si sobre sus espaldas no pesase, al menos en razón de su antiguo cargo, buena parte de la responsabilidad de lo sucedido en la plaza de las Tres Culturas. Sus primeras palabras fueron de moderación e incluso habló de apertura democrática, de reconciliación. Desde el primer momento, la mano tendida a los intelectuales fue evidente. Su objetivo primordial apareció claro: desarrollo económico y, por lo tanto, aproximación a los núcleos capitalistas extranjeros. El capital americano nada tiene que temer. Todo ello dentro de un lenguaje tibiamente reformista y con claras alusiones a las conquistas de la revolución. El atractivo personal de Echeverría resulta indudable, así que no es de extrañar que algunos intelectuales, no muchos, todo hay que decirlo, empezaron a creer que en Tlatelolco hubo más víctimas que las caídas bajo las balas: los que, prisioneros de sus cargos, nada pudieron hacer para evitar la tragedia. Echeverría podía ser uno de ellos.

Pero, por desgracia para la incipiente credibilidad planteada por el Presidente, Tlatelolco tuvo repetición. El 10 de junio de 1971, no menos de 25 estudiantes fueron asesinados en el curso de una manifestación absolutamente pacífica. Presentado por la prensa oficial como una reyerta entre «bandas opuestas», no consiguió engañar a nadie. Mucho menos después de que se supo que los llamados «halcones», causantes directos de las muertes, eran en buena parte miembros de la Policía. La indignación popular, el estupor de los intelectuales, su airada protesta tuvieron esta vez respuesta. El mismo Presidente, después de lamentar los hechos, comprometió su palabra en que éstos serían desentrañados y los culpables castigados ejemplarmente. El crédito se abrió de nuevo y la esperanza en la «apertura» resurgió. Más de año y medio después, los culpables del 10 de junio de 1971, como los del 2 de octubre de 1968, son desconocidos. Ni



Díaz Ordaz, entonces Presidente, con Nixon, en Puerto Vallarta (México).

una sola explicación ha venido a tranquilizar a los que plantean si el crimen político no tendrá nunca en México castigo. La investigación prometida se ha disipado de nuevo en la bruma de los intrincados entresijos de la política mexicana y en el juego de los intereses de los grupos que detentan el poder, donde un nuevo sector, el Ejército, se perfila con peso específico y capacidad decisoria.

¿Quién detenta realmente el poder en México? Para algunos, Echeverría es un prisionero más del sistema, cuyo difícil juego de «apertura democrática» puede tropezar con la intransigencia de una extrema derecha dispuesta a convertir México en otra dictadura de las muchas que se afianzan en toda América Latina. Brasil, con la tasa de crecimiento económico más alta de toda la historia del continente, puede ser un ejemplo a seguir. El Presidente, por tanto, no puede irritar a esas fuerzas que amenazan con el golpe militar. De ahí que sus tímidos intentos aperturistas y sus palabras conciliadoras hayan de estar forzosamente contenidas por la prudencia. No apoyar entonces a Echeverría sería hacer el juego a los que preparan en la sombra la crueldad de una férrea dictadura...

Hasta el verano de 1972, la mano tendida a los intelectuales por el Presidente no pareció encontrar acogida. La herida era demasiado profunda y la brecha abierta en octubre de 1968, y renovada en junio de 1971, distaba mucho de estar curada por las fáciles palabras. La crisis de los intelectuales mexicanos no era una simple crisis de confianza, era algo más hondo y radical, que alcanzaba la misma esencia de la revolución. Carlos Fuentes, en un famoso artículo, «Opciones críticas en el verano de nuestro descontento», fue, junto con la de

Fernando Benítez, la primera respuesta positiva.

Los intelectuales ante la república del poder

Para Fuentes, «dejar aislado al actual Presidente de la República significa abstenerse de una participación crítica en nuestra vida pública». Fuentes es extremadamente duro al juzgar el pasado de México, continuamente amenazado por el imperialismo de fuera y el gorilismo de dentro. No duda de la buena voluntad y sinceridad democrática de Echeverría, «sobre cuya credibilidad se cierne una nube: la investigación, exhaustiva, de los sucesos del Jueves de Corpus...», suceso donde todas las fuerzas de la reacción mexicana se confabularon para tenderle una trampa, estigmatizar represivamente al nuevo régimen, desacreditar la difícil y calificada opción democrática con que el nuevo mandatario intentó superar la honda crisis del 68». Después de denunciar la abstención «como crimen histórico», el artículo termina: «La verdadera crítica tiene hoy un sentido práctico en México: impedir un golpe de la extrema derecha».

Aun forzados a la simplificación de las tesis de Carlos Fuentes (que fueron rápidamente acogidas con entusiasmo por la prensa oficial en titulares tales como «Echeverría, única opción para los intelectuales» o «No apoyar a Echeverría, crimen histórico de intelectuales») en apoyo del actual Gobierno mexicano, y más concretamente de su Presidente, los párrafos anteriores pueden dar idea del contenido que despertó la inmediata reacción en los ambientes intelectuales. La polémica surgió con gran aparato publicitario y Octavio Paz invitó, en las páginas de «Plural», a una serena reflexión a los inte-

lectuales, a un decantamiento de su postura frente al poder y, más concretamente, frente al actual Gobierno. Las respuestas, sin excepción, constituyen un maduro ejercicio dialéctico donde se cuestionan bastante más cosas que la participación o no participación de los intelectuales en el poder o el apoyo moral de aquéllos a la, supuesta o real, «apertura democrática» del Presidente Luis Echeverría. La vieja, y sin embargo siempre renovada, cuestión de estar dentro y apoyar la evolución desde ahí o de permanecer fuera y hostigar y obligar al poder desde la marginalidad, surgen de nuevo para el intelectual mexicano desde el fondo de una honda crisis que abarca no sólo la contestación global al sistema, sino también los pilares sobre los que éste se asienta. La crisis actual no es sólo del aparato político, sino del sistema entero (Luis Velloso). La expresión más completa de esta crisis se refleja casi con desesperación en las siguientes palabras de Ricardo Caribay:

«México 1972 es un país balbuciente en sus mejores clases, y abajo, plétórico desierto analfabeto; país sin civismo, sin ideologías ni partidos políticos, sin honestidad pública ni ciudadanía, con índices de productividad muy inferiores a los extranjeros, infestado de retóricas y demagogias, vientos de todas partes hacia todas partes, con todo el mundo a la caza de su personal botín, sin posibilidad cercana de hacer una revolución auténtica, con muy escasas posibilidades ya de hacerla desde el poder —controlado desde el imperio y que apenas ayer llegaba a su nivel más bajo de deterioro, de descrédito, de donde hoy trata de salir con denuevo tan grande como su necesidad de pactos y componendas con sus propios adversarios—».

La situación del escritor en México es una situación de privilegio. La libertad de expresión, real a nivel individual, creativo, va descendiendo en función no sólo de la extensión del medio (Garibay recuerda que es, para los libros, del 100 por 100; pero del 20 al 0 por 100 en cine, radio y televisión), sino también en razón de los grupos o clases sociales tanto y cuanto intentan manifestarse colectivamente. Los obreros y campesinos no tienen voz, y sus posibilidades asociativas al margen del PRI o de los sindicatos oficiales son prácticamente nulas. Como recuerda Carlos Monsivais, en México no se combaten las ideas, sino la decisión de llevarlas a la práctica: «No somos Brasil, no padecemos una dictadura: vivimos tan sólo en la dependencia y en la falta de libertad». Para el mismo autor,

MEXICO

«los escritores han colaborado por omisión o por comisión en la marginalidad histórica, en la atmósfera triturante y vegetalizada de los últimos cuarenta años de México... A lo largo del siglo, y por diferentes razones, la gran mayoría de los intelectuales mexicanos se ha asimilado al estado de cosas, han demandado que se les aplauda como Conciencias Críticas, o Voces del Pueblo, o Primeras Filas del País, y no han sido sino expresivas, amables, complacidas y autocomplacientes decoraciones de la clase dirigente».

Pero, ¿es o no real la apertura democrática del Presidente Echeverría? ¿Existe de verdad el sincero desecho en las altas esferas de liberalizar el sistema político? En el plano económico está claro que el Gobierno, mediante las facilidades a la inversión extranjera, no pretende otra cosa que el mero desarrollo cuantitativo, sin plantearse problemas de redistribución de renta ni ayuda a los sectores más depauperados de la sociedad mexicana. En pluma de un comentarista político, «las fuerzas que en el campo todavía esperan la justicia social le propusieron a Luis Echeverría la terminación de los latifundios erigidos en las mejores tierras y aprovechando los sistemas de riego construidos por el Gobierno: hasta ahora, a dos años de distancia de que comenzó a decirnos cómo es en realidad la imagen que él tiene de México y lo que se propone hacer como gobernante, Luis Echeverría ha tenido dos respuestas: la primera, que no tiene mentalidad expropiatoria; la segunda, más reciente, al afirmar en su informe de gobierno el derecho de los latifundistas a ampararse». Actitud que, sin embargo, suele arroparse en la conocida retórica, donde frases como «México no es un país ni socialista ni capitalista» están en todos los discursos oficiales. De lo primero no cabe la más mínima duda. Lo segundo, por el contrario, exigiría una demostración cada día más imposible.

La interconexión entre el modelo de desarrollo económico elegido y la llamada «apertura política» es evidente. Buscar para aquella apoyos exteriores al sistema bajo señuelos liberalizados es una táctica, sincera o no, bastante conocida. Pero la aceptación de esos presupuestos conduce fatalmente no sólo al apoyo de la coyuntura de gobierno, sino al afianzamiento del sistema mismo. Carlos Monsivais, José Emilio Pacheco, Luis Villoro y Gabriel Zaid responden así a esta invitación a la credibilidad:

"Surgida al iniciarse la investigación, que todavía no empieza

(¿quién ordenó la matanza del día 10 de junio de 1971?), la entidad apertura democrática' (promoción de otoño) ha identificado de modo mecánico y mentiroso el aumento de ciertas posibilidades de expresión pública, con la disminución de las represiones. Su propaganda es nuestro candor: la 'apertura democrática' nos ha hecho ver como 'conquistas' derechos evidentes, y como 'avances', ejercicios elementales de opinión. Una 'apertura democrática' que sólo se libra por escrito, se reduce finalmente a una ampliación de las licencias literarias". (Monsivais.)

"La 'apertura democrática'—visible en algunas publicaciones, pero no en el campo, las fábricas o los sindicatos— es la última opción de una clase dominante, que no quiere verse sustituida por los generales, que, después de

se encamina a que algo cambie, para que el resto pueda seguir igual". (Pacheco.)

"Ante esta situación queda a la burocracia política una solución viable: reforzar y ampliar el sistema de control popular, restaurar el modelo de Estado 'populista'. Para ello tiene que recuperar el consenso de sectores de las clases medias mediante medidas de 'democratización', y prometer beneficios materiales a las clases populares, para aliviar su descontento. No sabemos hasta dónde podrán realizarse esas promesas. Pero podemos augurar que tendrán un límite. Habrán de detenerse en el momento en que pongan en peligro el sistema de manipulación de masas en que se basa el Estado populista. Dejar que las clases populares asumieran sus propias iniciativas políticas amenazaría la estabilidad

mo emplazado desde afuera, como si otro y no él tuviera el máximo poder ejecutivo, como si fuera el escritor de oposición que ha dicho que quisiera ser. Y tenemos también escritores independientes que, con la mejor intención, dejan su lugar y perdonan lo imperdonable, porque adoptan una visión subordinada a las opciones prácticas de la Presidencia, porque sueñan con todo lo deseable que pudiera hacer ese otro poder". (Zaid.)

Para Octavio Paz y Vicente Leñero, la solución no puede estar en el apoyo al poder, sino en la alternativa de propiciar la creación de un movimiento popular independiente y democrático que agrupe a todos los oprimidos y disidentes de México en un programa mínimo común. El país despierta, y a pesar de la dureza de la represión, las fuerzas de la base recorren un camino hacia la concienciación y delimitación de sus objetivos políticos. La guerrilla (que aún permanece en el Estado de Guerrero, incontrolado en el interior por el Gobierno, a pocos kilómetros de Acapulco, máximo emporio del turismo millonario yanqui), como en otros países de Latinoamérica, fracasó en México en su intento de agrupar a los campesinos y canalizar por la vía violenta sus reivindicaciones de justicia. El movimiento que algunos intelectuales mexicanos parecen apoyar tendría sus bases en las nuevas corrientes que, al margen del PRI y de los sindicatos, pueden detectarse, tanto en la Universidad como en medios proletarios y campesinos que van tomando conciencia del fiasco histórico sufrido. El proceso de conciencia política, lento pero real, está en marcha en el México de 1973. Pero es lógico que otros intelectuales vean con escepticismo sus posibilidades futuras, inmediatas al menos, en un panorama donde las alternativas que se ofrecen son o la acentuación del desarrollo capitalista o el gorilismo, sin perder de vista la posibilidad de que ambas opciones se refundan en una sola.

En su artículo, Carlos Fuentes utiliza la posibilidad del golpe de fuerza (en el México de hoy, y si damos crédito a algunas informaciones de prensa, no tan fantasma) como una de las razones en que basar su, para algunos, inesperada y sorprendente actitud. Sin negar la base real de tales temores, tampoco en esto el Gobierno mexicano hace gala de una excesiva originalidad. El manejo del miedo a lo que pueda suceder, bien asustando a la derecha con el comunismo o bien a la izquierda con los coroneles, suele ser moneda común en todos los regímenes de este tipo. No hay en ello ninguna novedad para México. Situándose en el



Cuernavaca: la reforma agraria.

casi treinta años de eclipse, volvieron al primer plano a raíz del crimen histórico de 1968. Hasta ahora, el Presidente ejerce la autocrítica con palabras antes que con actos. Y no habrá investigación sobre el 10 de junio de 1971, porque ésta tendría que empezar con otra acerca del 2 de octubre de 1968, cuando nuestro actual Jefe del Estado era secretario de Gobernación y, por lo tanto, responsable supremo de cuerpos policíacos que ejercen funciones represivas. El, personalmente, puede tener las mejores intenciones y el mayor espíritu de trabajo—lo menos que podemos exigir a un gobernante—, pero todo ello

del sistema, ofendería gravemente a los grupos que detentan el poder económico y, sobre todo, obligaría a reformas que frenarían seriamente el desarrollo capitalista. Creer que la burocracia política, cuya función consiste en hacer posible ese desarrollo, permitiera un peligro semejante, es caer en ilusiones ingenuas". (Villoro.)

"En esta confusión de poderes y emplazamientos, la famosa apertura parece un juego de las cuatro esquinas. Tenemos un Presidente que, en vez de aprovechar el poder que tiene para democratizar el país, sueña con el que no tiene: con frecuencia habla co-



Echeverría es un hombre que se diría del «ala liberal» del PRI.

centro de las tensiones sociales y políticas, todos los regímenes de derechas del mundo han encontrado una de sus más decisivas apoyaturas. Por eso no deja de sorprender que el falso y viejo dilema de «yo o el caos» haya prendido en escritores de izquierdas de la categoría de Carlos Fuentes, cuyo inteligente sentido crítico y las matizaciones que introduce en su segundo artículo de «Plural», no ocultan la búsqueda de una justificación con que paliar el efecto de sus palabras anteriores, y donde, además, mantiene su postura de identificar el apoyo a Echeverría como prácticamente la única alternativa real para el intelectual mexicano en la actual coyuntura histórica de su país.

El tema de la integración del escritor, del rechazo o la aceptación de éste por el sistema, dista mucho de estar en estos momentos despejado. La ambigüedad histórica del intelectual mexicano en relación con el poder, bruscamente rota como consecuencia de Tlatelolco y corroborada el Jueves del Corpus de 1971, de nuevo corre el riesgo de producirse. Esa ambigüedad que vuelve a resurgir el 17 de noviembre de 1972, cuando, junto con todo el «status» político, el Presidente Luis Echeverría acudía a un homenaje nacional al gran economista y sociólogo Silva Herzog en su ochenta aniversario. Al margen de la polémica, el hermoso discurso de éste, donde literalmente dijo: «Desempeñé modestos puestos públicos y tuve altos puestos públicos, y en algunos casos me dio mucho trabajo no hacerme millonario» (aludiendo a la corrupción de la Administración, auténtica plaga moral de los sucesivos Gobiernos mexicanos), terminó con estas palabras:

«Me decía alguien hace dos noches que ya no hay estadistas: hay gerentes de plutocracias, co-

mo el de la potencia imperial, y se siente que la civilización occidental bien pudiera suceder que se hallara en bancarrota; crisis de valores sustantivos. Y el hombre no ha sido capaz todavía de crear valores nuevos que sirvan de norma a la conducta humana. Pero hay que luchar, hay que trabajar sin tregua, hay que trabajar por México, hay que trabajar por mi México».

Efectivamente, la crisis de los valores sustantivos es una realidad en México. El esfuerzo por construir el país permanece, sin embargo, como una constante en todos los escritores e intelectuales. Pero, ¿desde dónde?, ¿desde qué presupuesto? La lucha política es una exigencia ineludible. El poder es, para los intelectuales, una tentación. ■ P. A.

NOTAS

Para la elaboración de este artículo, aparte entrevistas y conversaciones privadas con escritores mexicanos y testigos de lo ocurrido el 2 de octubre de 1968 en la plaza de las Tres Culturas, se han tenido en cuenta los siguientes trabajos: Para la primera parte: Luis García San Miguel, «México: la revolución detenida» (ed. «Cuadernos para el Didlogo», Madrid, 1970). Enrique Ruiz García, «América Latina: anatomía de una revolución» (ed. Guadarrama, Madrid, 1968). E. John Fagg, «Historia general de Latinoamérica» (ed. Taurus, Madrid, 1970). Para los sucesos de Tlatelolco: Luis Spota, «La Plaza» (ed. Joaquín Mortiz, México, 1972). Luis González de Alba, «Los días y los años» (ed. Era, México, 1971). Elena Pomiatowska, «La noche de Tlatelolco» (ed. Era, México, 1971). Los testimonios sobre los sucesos están recogidos de este libro.

Para la polémica de los intelectuales se han utilizado las colecciones de las revistas «Plural», «Siempre» y «Revista de la Universidad de México», así como el diario «Excelsior» y diversas agencias de prensa.